



*Se  
prohibe  
decir la  
verdad \**

José M<sup>a</sup> BENAVENTE BARREDA



Se le ha ocurrido a Vd. alguna vez pensar lo terrible que sería si todo el mundo expresara libremente sus ideas?

El hombre se incorporó levemente, con los ojos un tanto desorbitados. Lo hizo de un modo rígido, «robótico» diría yo. Me dí cuenta de que estaba muy nervioso, y le aconsejé que se recostara de nuevo en el diván. Dije:

– Tranquílcese, vamos. Procure relajarse y vaya exponiéndome poco a poco todo el problema.

– ¿Todo el problema? ¡Es que resulta muy complicado, no sé por dónde empezar!

– Bueno, Vd. hable libremente, según se le vayan ocurriendo las cosas. Yo escucharé todo y tomaré notas. Sólo así podremos llegar a alguna solución que le favorezca. Vd. debe verbalizar, contarme lo que considere fundamental.

– Bueno, pues le repito lo que le dije antes: ¿qué sería de un mundo en el que la gente dijese lo que pensaba? ¿eh? ¿se lo ha planteado Vd.?

– ¿Un mundo con libertad de expresión, quiere Vd. decir? Pues me parece un ideal al que los países con tradición democrática se van acercando paulatinamente...

El hombre se solivió de nuevo. Me miraba, entre indignado y divertido.

– ¡Por favor, no estoy hablando de «libertad de expresión»! Lo que se llama libertad de expresión es un vil remedo de lo que constituye el núcleo de mi problema. La libertad de expresión es, sobre todo, libertad para decir cosas que pueden molestar a los que gobiernan, pero no pasa nunca de niveles muy externos, muy superficiales, que todo, o casi todo el mundo, conoce ya. Yo me refiero a un nivel de expresión distinto; no el que afecta a en-

tes o personajes públicos, sino el que atañe a las relaciones interpersonales: las relaciones con nuestra familia, con nuestros amigos habituales o eventuales, con nuestros jefes o subordinados... Es en este ámbito, que es el mundo real de cada uno de nosotros, en donde la hipocresía reina de un modo más simple y más puro; la hipocresía se convierte en algo obligatorio. Nos pasamos la vida mintiendo. Y sólo así, a fuerza de mentiras, es posible una mediana convivencia.

– ¡Hombre, yo creo que exagera un tanto! Es cierto que la sinceridad absoluta es difícil, pero de ahí a lo que Vd. afirma hay un buen trecho.

Mis propias frases me resultaron un tanto este-reotipadas. Le dije:

– Continúe por favor. Le escucho con atención.

El hombre hablaba como para sí mismo.

– Lo paradójico es que nos dicen, desde pequeños, que no debemos mentir. Padres y pedagogos, de un modo unánime, nos exhortan una y otra vez para que seamos veraces. Las fórmulas son diversas, Vd. lo sabe bien, pero todas conducen a un mismo fin: a que no ocultes nunca tus hechos y, si es posible, a que no ocultes tampoco tus pensamientos. Lo que no dejan claro estos padres y pedagogos amantísimos de la verdad es que debes atenerte a ella siempre y cuando esa verdad convenga a sus intereses. «¿Quién ha escrito en la pizarra 'Don Braulio es un borrico'?» –pregunta el maestro–. Y añade: «Es mejor que el que lo haya hecho diga la verdad; así el castigo



será menor, y evitará que paguen justos por pecadores». Y yo –porque había sido yo– levantaba la mano: «He sido yo, D. Braulio». Y D. Braulio me inflaba a palmetazos, me ponía un diccionario en cada mano y de rodillas cara a la pared. Pero eso sí: «Piensa en lo que podía haber sido si no me dices la verdad». Y yo, en mi ingenuidad infantil, me imaginaba a D. Braulio cotejando la letra de la pizarra con nuestros cuadernos, descubriéndome al fin y viniendo hacia mí presa de un furor inaudito –comprensible, por otra parte, si se tiene en cuenta que nuestras letras eran prácticamente iguales: unos garrapatos casi ilegibles–. Después me colgaba por los pies de una viga del techo, y

con una cuchilla de afeitar me iba mondando poco a poco, y echándome alcohol para que sufriera más. Y así, mientras sostenía a duras penas los diccionarios y trataba de olvidar el dolor de las palmas de las manos y de las rodillas, pensaba en la suerte que tenía por haber dicho la verdad. Vamos, que me había librado de una buena... Se abusa mucho de los niños pequeños, ¿no cree Vd.? –lo decía volviendo hacia mí el rostro algo desenchajado, quizá por el recuerdo de los pasados sufrimientos–.

Tuve que admitir que, en efecto, se abusa muchas veces de la ingenuidad infantil, y así se lo dije.

– Se abusa, se abusa...; por eso es tan fácil hacer un hombre malo de un niño bueno. Durante una buena época de mi infancia –ahora no podría decirle si fueron años o meses, porque aquello queda muy lejano– fui cultivador contumaz de la verdad. Normalmente eso me ocasionaba disgustos –cachetes, regañinas, etc.–; pero yo estaba satisfecho, más que por decir la verdad, por pensar que de ese modo me iba librando de peores males. Me acordaba de Don Braulio, con su cuchilla de afeitar y su sonrisa sádica (que era como yo lo había visto en mi ensoñación) y eso me daba nuevas fuerzas para decir siempre la verdad.

– Una actitud valiente, que le honra –dije, bien es verdad que sin excesiva convicción–.

– ¿Valiente dice Vd.? ¡Una actitud idiota! Pero eso no fue lo peor; lo peor, y quizá una de las raíces de mi trauma infantil, fue cuando, también de muy niño, empecé a vivir las contradicciones de lo real, que me dejaron hecho un mar de confusiones.

– ¿A qué contradicciones se refiere?

– Fueron de diversa índole. Pero la primera, y quizá también la más grave, fue así: una tarde había salido yo con mi madre, creo que a la compra. Sí, fue a la compra, porque todo sucedió en el mercado. Estábamos delante de un puesto de pescado –y yo atribuyo en gran medida al olor del pescado crudo, que nunca he podido soportar, lo que pasó después–. El pescadero, con su típico mandilón verdinegro, iba troceando el pescado sobre un tocón de madera, con un enorme cuchillo que relucía cada vez que daba un tajo: «toc, toc, toc». Yo pensaba en lo que podía ser D. Braulio con un cuchillo así, el castigo inenarrable que sufrirían los mentirosos en sus manos. «Toc, toc, toc.» Absorto en los manejos del pescadero no había reparado en que mi madre hablaba con una señora. Me di cuenta cuando la oí decir: «Sí, este es mi hijo mayor». Entonces me encontré frente a una mole que me miraba sonriente. Era una señora gorda, enorme, sudorosa, pintada hasta la exageración: el pelo rojizo, los ojos ribeteados de azul y negro, los labios color pimentón... qué sé yo; algo espantoso. Después, andando los años, sólo he visto algo semejante en algunos «ninots» de las fallas valencianas. Bueno, pues «aquello» que me

sonreía, con unos dientes manchados de rojo de labios, me cogió un pellizco en el carrillo y dijo algo tan abominable como :«¡Pero si ya está hecho un hombretón!». Y, sin soltar el pellizco, imprimía a su mano un movimiento de vaivén al que, claro está, seguía mi cabeza. Cuando me soltó, después de un tiempo que me pareció eterno, se acercó más a mí y me dijo: «¿Me das un besito?» Yo me eché hacia atrás, sinceramente horrorizado. «¿Es que no me quieres dar un besito? ¿Por qué, mi vida? Y yo, una vez más, fui veraz: «Porque es Vd. gorda como una foca, porque es fea y me da asco». Aquí los acontecimientos –como se lee en las novelas policíacas o del oeste, cuando el autor quiere dar a entender que todo fue rapidísimo, aunque nos lo cuenta pormenorizadamente– desarrollaron a un ritmo de vértigo. Recuerdo a la señora, echándose hacia atrás, con la misma cara que hubiera puesto si al abrir la bolsa de la compra ve salir una serpiente cobra. Pero esta visión fue un relámpago, porque casi simultáneamente noté en mi mejilla izquierda y en parte de la boca el dolor inconfundible de una sonora bofetada que me propinó mi madre; y recuerdo, entre mis lágrimas, la cara sonriente del pescadero que miraba la escena y decía algo así como: «Joder, con el chaval, no tiene pelos en la lengua». Luego, entre frases de disculpa, risas del pescadero y de otras gentes que no recuerdo, pero que me miraban y me señalaban, salí con mi madre, que me llevaba de la mano dando tirones iracundos. Yo oía que decía: «Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza ». Sólo cuando llegamos a casa se tranquilizó algo. «Pero, ¿por qué le has dicho una cosa así a Doña Remedios?» Mi contestación era, en principio, incontestable: «Pues porque era verdad. Vosotros me habéis dicho que diga siempre la verdad, ¿no?»

– ¿Y cómo salió su madre del atolladero?

– Pues mal, como casi todo el mundo cuando lo sacan de lo establecido y convencional. Si la cara de Doña Remedios había expresado una horrorizada sorpresa, la de mi madre indicaba, a las claras, que acababa de encontrarse con lo que, desde antiguo, viene llamándose una situación aporética. A pesar de mi corta edad –yo tendría siete u ocho años, no recuerdo exactamente– casi me dio pena su expresión acorralada. Debo decir en su honor que se rehízo pronto. «Claro que se debe decir siempre la verdad, hijo. Pero las cosas son muy complicadas, ¿sabes? Hay ocasiones en que no debe decirse la verdad, o por lo menos callarse» Y yo entonces: «¿Y cómo sé qué veces son esas?» Mi madre era muy buena persona, esa es la verdad. Pero, en lo que yo me acuerdo de ella, no había descubierto la pólvora. Me di cuenta de que mi pregunta había puesto en funcionamiento hasta la última neurona útil de su cerebro. Algo similar a lo que sucede en una ciudad sitiada, cuando hay que recurrir a los enfermos, a los ancianos, a los niños, a todo bicho viviente para ayudar a la

defensa. Creo que es la primera vez que yo «vi» –luego me ha pasado muchas veces, ahora le explicaré– cómo funcionaba un cerebro.

– Perdóneme una interrupción. ¿No recurría su madre a su padre en estos casos, como a una instancia superior? Se lo digo porque suele ser frecuente.

– Pues no, la verdad. No recurría porque mi padre era noble, pero bastante bruto. Atendía bien a sus negocios, eso sí, y nadie le engañaba en cuestión de cuartos. Pero todas sus lecturas se reducían a periódicos deportivos.

– Entiendo. Entonces su madre tuvo que afrontar sola el problema teórico que Vd. planteaba.

– Exactamente. Yo le había preguntado que cuándo no había que decir la verdad. Y ya le digo que vi, literalmente, cómo pasaban por su cerebro las corrientes nerviosas, como ráfagas luminosas. Por fin mi madre me contestó: «Pues verás, hay que decir la verdad siempre; pero lo que no se puede hacer es decirle a la gente lo que piensas de ella, porque puedes ofenderla». Y yo «¿Y si lo que pienso es bueno?» Entonces mi madre: «Pues unas veces sí y otras no». «Pero –insistía yo– ¿qué veces sí y qué veces no?». Mi madre aún siguió un rato tratando de perfilar la casuística, pero no estaba muy hecha a los análisis abstractos y acabó por decirme que ya iría aprendiendo con el tiempo. Sus palabras fueron algo así como: «Cuando seas mayor ya te enterarás. Ahora déjame, que tengo mucho que hacer».



El hombre hizo una pausa. Tenía el entrecejo fruncido, y todo el aspecto de estar sumido en profunda meditación. Por fin siguió hablando.

– El caso es que la gente, en general, según me había dicho mi madre muy sensatamente, suele ir aprendiendo con los años qué se puede decir y qué se debe callar, sin hacer de eso mayores problemas. Y es muy posible que a mí me hubiera sucedido igual, si no llega a ser porque entonces me empecé a percatar de mis poderes.

– ¿A qué poderes se refiere Vd.?

– A mis poderes de clarividencia, claro está. Enseguida le explico. De todos modos, aunque estos poderes son los que me han cambiado la visión del mundo, es posible que, sea porque su estado

latente me hacia hipersensible al problema, sea porque mi hipersensibilidad ante la dialéctica verdad-mentira puso en marcha estas ocultas potencialidades, el hecho es que mi comportamiento ante lo que debía o no debía decir nunca fue normal. No sabía determinar qué fue aquí causa y qué efecto. En la pura secuencia temporal, recuerdo que decidí no decir la verdad más que a quien fuese sincero conmigo. Ahora bien: ¿cómo saberlo? ¿Cómo descubrir si la gente me decía la verdad? Recuerdo que empecé a escrutar los rostros de los que me hablaban, sobre todo la expresión de los ojos, como queriéndome meter dentro de sus cerebros. Ya le dije que tenía cierta capacidad para «ver» cómo funcionaba un cerebro. Esto se repitió más veces. Y un día, de pronto, me encontré con que yo tenía unas facultades específicas –supongo que no me creará– por las que era capaz de «leer», de «ver» u «oír» el pensamiento ajeno. Empleo esas palabras en sentido metafórico, porque no era ninguna de las tres cosas y eran las tres a la vez. Algo muy raro, y que me llenó de sorpresa y, en cierto modo, de temor. Descubrir que uno es una especie de vidente es siempre una experiencia, hasta cierto punto, traumatizante. Esta capacidad de captar el pensamiento ajeno no era constante, sino ocasional. Pero cuando me pasaba, sobre todo conforme fui creciendo, fue para mí una fuente inagotable de diversión.

– Eso de «leer» el pensamiento ajeno, o de captarlo, o como prefiera llamarlo, ¿le pasaba sólo con sus interlocutores?

– Había de todo. Al principio, cuando era más pequeño, me pasaba con los que hablaban conmigo. Luego empecé a «leerlo» en otros, cuando hablaban otros. Y eso era lo divertido. Cuando empezaba a ver la luz en las cabezas, sabía que eran «sujetos permeables» –como yo les llamaba– y me preparaba para asistir a la «sesión de pensamientos» como el que, en el teatro, espera que se levante el telón.

– Un momento: ¿qué es eso de la «luz de las cabezas»? No recuerdo que me lo haya mencionado.

– Perdón, ha sido un olvido. Cuando yo descubría un «sujeto permeable», un sujeto cuyo pensamiento yo pudiera captar, veía su cabeza circun-

dada por una luz, más o menos tenue, parecida a esas aureolas que pintan en la cabeza de los santos. Si la luz era blanca, se trataba de un sujeto muy permeable. Menos, si era azulada. Y francamente difícil si era rojiza. ¿No me cree, verdad? Vd., por ejemplo, la tiene azulada, pero casi blanca.

– Mi obligación es escucharle y anotar lo que diga. Mis creencias son cuenta mía. Siga, por favor.

Mi tono, lo reconozco, no era muy agradable: yo soy un hombre de formación científica, y mi pragmatismo me hace alérgico a todo lo que huelga a «parapsicología». Pero mi aire cortante no pareció afectarle.

– Bueno, en realidad eso no es demasiado importante –quiero decir que me crea o no–. Verá, para que se vaya haciendo cargo de la situación: una experiencia decisiva para mí fue un día que llegó a casa Doña Eduvigis. Doña Eduvigis era amiga de mi madre «de toda la vida» –así, al menos, lo pregonaban ambas, una de la otra–. Entró Doña Eduvigis en el cuarto de estar, me saludó afablemente, y se sentó en un sofá esperando a mi madre. Yo estaba sentado en la camilla, junto al balcón, tratando de extraer una raíz cuadrada, con tan poco éxito como fe. (Tengo que decirle, entre paréntesis, que nunca he conseguido extraer una raíz cuadrada, ni tampoco supe nunca para lo que servía). En ésas estaba cuando levanté la cabeza un momento y vi la luz blanca! Doña Eduvigis era «permeable». Me concentré en ella –eso era preciso– y capté lo que pensaba. «Este niño no parece muy listo, pobre; tiene la misma cara de bruto que su padre. Y si encima saca las entendederas de su madre, va listo. Pero trabajador sí parece el angelito». Estuve a punto de intervenir, pero ya había aprendido a dominarme, por lo general, y lo dejé pasar. Seguí concentrado en ella. Y volvió a llegarme, nítido, su pensamiento: «Ya está aquí la pobre Clara. Tan cursi como siempre, pobrecilla». En ese momento entraba mi madre. Y Doña Eduvigis: «Clarita, hija, pero qué guapa estás». Y mi madre: «Eduvigis, qué alegría verte, ya te echaba de menos!». Me concentré en mi madre. Y pude captar que pensaba: «Ya está aquí otra vez la pelma esta. No la aguanto. Es cotilla y



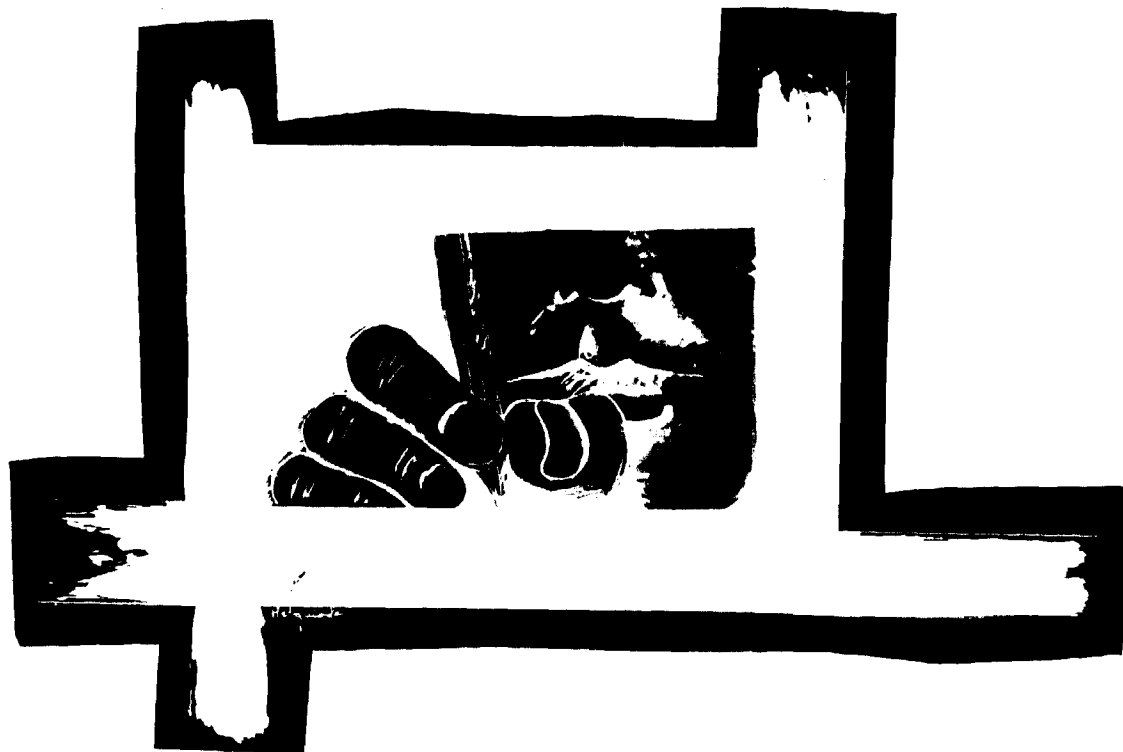
falsa como ella sola». Mientras pensaba esto miraba a Doña Eduvigis —que hablaba insustancialidades— sonriendo y asintiendo con la cabeza. Fue una experiencia terrible, se lo aseguro. Así, en aquel duelo de pensamientos que jamás tomaban forma, porque en ningún momento lo que dijeron se aproximó a ellos, transcurrió la visita. Si hubieran sido capaces de leer sus mentes, como yo, se habrían arrojado la una sobre la otra, presas de una ira por demás justificada. Créame, amigo mío: yo a los catorce años era ya un pequeño escéptico.

- Si lo que me cuenta es cierto, lo entiendo.
- Cierto es, amigo mío, no lo dude. Por mis ex-

No voy a entrar en más detalles, pero la visita transcurrió por el estilo. Pasé una tarde muy amarga...

Quedó de nuevo en silencio. Pero continuó enseguida.

- No tengo que decirle que esos poderes míos me fueron ocasionando muchos disgustos, sobre todo conforme me iba haciendo mayor. Creo ser una persona bastante sensible —incluso diría que muy sensible— y el descubrir pensamientos hostiles en los demás me llenaba de amargura. Mi conducta se hizo extraña. Rompí amistades, incluso llegué en ocasiones a las manos; en definitiva, me



trañas facultades de «vidente» me iba dando cuenta de la colosal hipocresía de las relaciones humanas. En diversas ocasiones, siempre que descubría sujetos permeables —sobre todo cuando lo eran los dos o más interlocutores— pude comprobar que la gente, en un tanto por ciento elevadísimo de casos, no decía lo que pensaba. Y, lo que es peor: que si lo dijera, el mundo podía ser un infierno. A veces me divertía; pero otras pasé auténticos malos ratos. Así, por ejemplo, un día que llegó a casa un socio de mi padre que llevaba fama de buena persona y hombre íntegro. «El bueno de Ramón», decía siempre mi padre. Bueno, pues el bueno de Ramón, cuando vio a mi madre, pensó: «¡Pero qué buena está, qué tía! ¡Vaya tetas! ¡Menudo mordisco tiene!» Pero como en ese momento mi padre se la presentaba, le besó la mano, muy ceremonioso, y dijo: «Encantado, señora. A sus pies».

fui haciendo cada vez más retraído y misántropo. Pero lo más calamitoso de toda esta situación es que yo, que nunca he sido misógino, me retraje cada vez más del trato con las mujeres. Si alguna chica me gustaba, miraba su cabeza. Y si veía la luz indicadora de permeabilidad, me alejaba de ella. Me di cuenta de que, hasta para amar —quizá más que para ninguna otra de las relaciones interpersonales— es precisa la hipocresía, es preciso ignorar lo que piensa de nosotros y de los demás el ser amado. Hasta que, cuando empezaba a perder las esperanzas, descubrí una chica que, además de ser bonita y amable, no mostraba ninguna aureola en su cabeza. Empezamos a tratarnos, y yo me sentía feliz de poder hablar con alguien cuyos «pensamientos» me llegaban a través de las palabras, no antes. Cuando me decía que me quería, yo disfrutaba de las palabras, desentendiéndome

de lo que pudiera pensar. El hecho es que nuestras relaciones se formalizaron. hicimos los preparativos para la boda, compramos un piso... en fin, ya sabe Vd. Faltaban tres días para casarnos, cuando una tarde, mientras colgábamos unos cuadros en nuestro futuro nido de amor, se desencadenó la tragedia. Yo estaba subido en una escalera y había conseguido, tras muchos esfuerzos, clavar una es- carpia. Ella, al pie de la escalera, sostenía el cuadro. Cuando me volví para que me lo alcanzara, vi de pronto, en su cabeza, ¡la aureola! Me quedé como quien ve visiones: ¡era una «permeable de efecto retardado»! Me había encontrado pocos en mi vida; pero allí había una. Y no pude evitar el concentrarme, aunque su blanca aureola apenas exigía esfuerzo por mi parte. Mientras yo, con manos temblorosas, intentaba encajar los cáncamos del marco en las escarpas de la pared, capté su pensamiento: «Pobrecillo, es poquita cosa y no muy guapo, pero no mala persona. No es como Enrique, claro. Pero es que Enrique es mucho tío...; pero en fin, no debo pensar más en Enrique. (Y sin embargo sí pensó, y cosas que prefiero no repetir). Pero bueno –seguía pensando ella– esto (esto era yo) es mejor que nada. Habrá que tener paciencia. La vida no está para andarse con remilgos». Yo sudaba, créame. Me volví hacia ella, y la

muy hipócrita me sonrió, dulce y candorosamente. Fue entonces, amigo mío, cuando la aticé con el martillo. Por cierto, ¿sabe Vd. cómo está?

– Creo que aún sigue en coma. La condena que le impongan dependerá, claro es, de si sale con vida y de cómo quede ella. Y de mi diagnóstico respecto a su salud mental, por supuesto.

– Ya, ya, lo comprendo. Pero Vd. no puede ayudarme, Doctor. Yo no estoy loco. Soy, a mi manera, un ser distinto, superior, y eso es lo que me segrega de la sociedad. No sé hasta qué punto podrá considerar un tribunal mi superdotación como una circunstancia atenuante.

El hombre se volvió en el diván, dándome la espalda; me daba así a entender, seguramente, que no tenía nada más que decirme y que la entrevista había terminado. Se trataba de un caso de megalomanía indiscutible; quizá era un paranoide, con una gran capacidad de fabulación, eso sí; pero paranoide. Y además bastante estúpido, si pretendía que yo esgrimiera toda esa sarta de embustes ante un jurado para que le absolvieran por ir machacando cráneos de jóvenes indefensas.

Me levanté, cerré mi libreta de notas y me dirigí a la puerta. Desde el diván me llegó la voz del reo:

– ¡El megalómano paranoide y estúpido lo será Vd.!

\* Del libro inédito *Crónicas increíbles*.

